

# HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



*Cecilia Alferrina*  
*Biblioteca Universitaria*

17



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1976

LOS INDIOS Y EL INDIGENISMO EN  
HISPANOAMÉRICA Y ANGLOAMÉRICA

DR. EDMUND STEPHEN URBANSKI

EL PROBLEMA del indígena americano frente a la vida moderna es una de las complejidades sociales de la civilización del Nuevo Mundo. Lo ha sido desde el descubrimiento de América, de gran envergadura durante la época colonial, y sin haber sido resuelto debidamente tampoco en la época de la independencia. Pasaron siglos y cambiaron los sistemas políticos, pero la actitud general hacia los *amerindios*, o sea, los autóctonos americanos, casi no ha cambiado. Es como si fuera una repercusión de la anacrónica psicología de la conquista española, que no distinguía sino entre los vencedores y vencidos, lo que equivalía a los hombres "superiores" e "inferiores". Sin embargo, debido a la convivencia hispano-india, la mayoría indígena había sido absorbida por el *mestizaje*, que llegó a ser un poderoso sostén étnico-social de la sociedad colonial. Pero los indios no amestizados o superficialmente "hispanizados" se quedaron al margen, situación que perdura aún en nuestra época. Éstos son los indios, cuya postura psicológica hacia los demás sectores de la población no había cambiado. Tampoco se han alterado las inherentes peculiaridades indosincráticas de los criollos y de muchos mestizos, de quienes depende el mundo indígena.

Es verdad que la incorporación de los elementos indígenas en algunas actividades revolucionarias en Hispanoamérica del siglo XX ha sacado a los indios del abismo histórico, de la misma manera que en el siglo anterior los libró del olvido literario. Estas actividades sirvieron, sin embargo, más a las ambiciones políticas de algunos caudillos que al visible mejoramiento de la suerte indígena. Desde luego, no se puede negar que los indios en México y Bolivia han recibido algunas tierras, pero en las demás partes de Hispanoamérica el problema agrario todavía está más envuelto en fraseolo-

gía política que en soluciones prácticas. Por eso, los indígenas destituidos se sienten enajenados de sus conciudadanos y no tienen conciencia de su nacionalidad, ya que viven al margen de la vida nacional de sus respectivos países. Según dice López y Fuentes, ellos se mueven en el suelo de sus antepasados como peregrinos inmóviles, olvidados y despreciados...

Tal estado de cosas invita a reflexiones no sólo antropológicas, sino también sociales y, sobre todo, esencialmente humanas. ¿A qué se debe esta situación que aparta un sector de la sociedad del otro? Cuando una vez discutía este vital asunto con un intelectual mestizo de arraigada conciencia de su origen indígena, éste me dijo lo siguiente: "Se le han quitado al indio sus tierras y religión, convirtiéndolo en esclavo. ¿Qué compensación ha recibido, si no todo lo malo? Al quitársele sus dioses antiguos, le obligaron a aceptar la fe cristiana que le acostumbró a vivir en humildad y miseria, desde la Conquista hasta nuestros días... ¿Cómo entonces se puede esperar que el desconfiado indio no se aparte de los que le han infligido desgracias de dimensión histórica y que él acepte la línea de razonamiento de sus opresores? Tiene tratos con ellos, porque los necesita y, sin embargo, vive en soledad...". Es una postura casi igual a la que Octavio Paz asume al analizar la conducta mestiza, que conserva algunas actitudes de la idiosincrasia india.

Este planteamiento parece bastante claro, pero desde el punto de vista sociológico no es tan sencillo. Lo complica la histórica *simbiosis* hispano-india, la cual ha tenido repercusiones de un modo u otro en la vida de los nativos y mediante la cual la mayoría de ellos han sido incorporados a la civilización occidental. De otro lado, tampoco se pueden pasar por alto las influencias indígenas que tuvieron que repercutir en aquel proceso de mutua penetración psíquica. Tal circunstancia nos obliga a remontarnos a los tiempos de la Conquista y, desde allá, seguir la trayectoria histórico-social de la Hispanoamérica colonial y moderna para conocer los elementos que determinaron la desigual convivencia entre unos y otros.

Las notables civilizaciones indígenas como la azteca y la incaica desaparecieron totalmente por haberse impuesto la civilización occidental de los conquistadores españoles. Otra, la civilización más avanzada de los mayas, se encontraba en plena decadencia cuando llegaron los españoles. Los creadores de esta última cultura indígena habían abandonado ya varias poblaciones antes florecientes. Ni estas tres importantes civilizaciones ni las de menor desarrollo, como las de los chibchas, los araucanos y los tupi-guaraníes, por ejemplo, habían tenido alguna relación o contacto anterior con la civilización de los peninsulares. Sin embargo, la civilización peninsular,

por haber adquirido gradualmente varios elementos nativo-americanos, no se puede ya llamar española sino hispanoamericana o indohispanoamericana. La contribución nativa más notable a la nueva civilización del Nuevo Mundo la constituyen los influjos lingüísticos y costumbristas, así como algunos rasgos psíquicos resultantes de la mezcla racial. Tal hecho, desde luego, no disminuye la importancia de los logros indígenas precolombinos, que refuerzan hoy el reciente *indigenismo* en la literatura y en las artes de algunos países hispanoamericanos.

El modo como fueron incorporándose los rasgos indígenas a la fisonomía de la nueva comunidad étnica hispanoamericana, se nos presenta como un fenómeno biológico con ciertos rasgos psíquicos. A este fenómeno se ha dado el nombre de *mestizaje*. Es el proceso de la mezcla étnica del español con el indígena, que resultó del choque de dos razas y dos civilizaciones, la europea y la india. Los hombres como producto de esa mezcla se llaman *mestizos*. Tal mezcla no implica necesariamente la penetración cultural o sea la *aculturación* de un grupo por el otro. Según afirma la experiencia histórica, el grado de esta penetración, aparte de la imposición del idioma castellano y la religión católica a los indios, era en otros aspectos bastante flexible. Comprometió, ante todo, la unión de sangre, la cual se fue transformando, algunas veces, en los diversos grados de la simbiosis cultural. Este mestizaje dependía de la *intensidad asimiladora* de los rasgos hispánicos o de la retención de las raíces indígenas. Tal hecho explica la existencia hasta la fecha, de uno y otro lado, de los *mestizos españolizados* y de los *indios* ligeramente *amestizados*, afirmando así la relatividad del proceso de transculturación. Por eso, no nos puede extrañar que un considerable porcentaje de indígenas haya adoptado ciertos rasgos "occidentales" sólo superficialmente, pero en el interior de su alma sigan siendo indios y en cambio, otros, no hayan cambiado en nada.

Las primigenias crónicas tanto españolas como hispanoamericanas dan a conocer la vida indígena, su organización social y política, sus costumbres y sus logros civilizadores, antes, durante y después de la Conquista. Baste que mencionemos obras como la *Historia general de las cosas de Indias* de Bernardo de Sahagún, la *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, la *Brevisima relación de la destrucción de las Indias* de Bartolomé de Las Casas, la *Relación de las cosas de Yucatán* de Diego de Landa, la *Nueva nueva crónica y buen gobierno* de Felipe Guzmán Poma de Ayala, los *Comentarios reales de los incas* del inca Garcilaso de la Vega, la *Crónica mexicana* de Fernando de Alva Ixtlilxó-

chitl, o la *Historia general del reyno de Chile* de Diego de Rosales, sin mencionar más.

Dentro de la amalgama de sangre y de los rasgos que derivan de la *mestización* en el conjunto de la civilización hispanoamericana, ha de reconocerse lo *hispanico* como la mayor fuerza espiritual y unificadora. Este proceso de "occidentalización" de la civilización hispanoamericana duró por espacio de tres siglos. Durante ese período fincó sus bases en lugares diferentes como México, Bolivia y el Perú, donde el indio ha tenido y tiene preponderancia étnica. La idiosincrasia y tradición indígena habían logrado un gran alcance dentro del ámbito mexicano. Tal hecho, por laudable que sea, no comprueba, sin embargo, que el factor indigenista cumpla igual papel en las naciones con considerable población india. Países como Bolivia, Ecuador, Guatemala, Perú y Colombia, cuya literatura presenta bellas obras de temática indianista, despliegan muy poca o ninguna influencia "nativista" en su desarrollo cultural, económico y social. Esto se debe posiblemente a que los varios grupos étnicos viven allí más o menos apartados. Ello, por cierto, no contribuye a su *integración cultural* y social. Debido a extrañas circunstancias locales, en algunos países andinos hay casos que muestran la retrogresión de unos grupos mestizos y aun criollos al *indigenismo biológico*, mientras que en otros se nota el alcance del mestizaje hacia nuevos grupos indios. Desde luego, allí donde hay comunidades indígenas densas y apartadas de la civilización moderna, ellas no pueden fácilmente influir ni recibir influjo que transforme su antiguo estilo de vida y su mentalidad. Estos indios sencillamente viven tal como vivían sus antepasados hace siglos. Su número abarca todavía a muchos millones de almas.

Como creadores de civilización, los indios precolombinos que habitaban el territorio que hoy constituye la parte meridional de Hispanoamérica, desplegaron en el pasado gran superioridad espiritual sobre aquellos que vivían al norte del río Grande. Esto ocurrió, sobre todo, en México y la América Central, cuyo conjunto territorial se llama Mesoamérica. Otra cuna de civilizaciones avanzadas fue la región andina, mientras que el interior tropical y selvático así como la pampa sudamericana no habían propiciado más que modos de vida primitivos. Primitivos y bravos fueron también los indios de Angloamérica, en su mayoría, nómadas. Según afirmaron los descubrimientos arqueológicos, las altas civilizaciones indígenas se desarrollaron en las regiones serranas, mientras que en las planicies, con pocas excepciones, existieron las formas bajas de la vida autóctona.

Nuestras alusiones al respecto tienen carácter general, ya que las civilizaciones indígenas precolombinas constituyen un amplio tema que es im-

posible abarcar en unas cuantas páginas. Sin embargo, tratamos de relacionar, en cuanto sea posible, lo indígena con la época moderna. Cabe decir que el tratamiento de los indios desde los tiempos de la Conquista fue nada menos que escandaloso. Desde luego, se pretendía con frecuencia excusarlo con la moralidad cristiana y la superioridad racial, lo cual ocasionó el surgimiento de la "leyenda negra", que hizo mucho daño a la España colonial. La legislación española que proclamaba a los indios como hombres libres, desgraciadamente, fue raras veces respetada por los terratenientes. Este pecado histórico lo comparten no sólo los españoles sino también los hispanoamericanos, aunque de modo diferente.

La conciencia de esta falta es tal vez una de las razones por las que en los últimos tiempos se han iniciado en algunas regiones de Hispanoamérica esfuerzos para incorporar al indio a la civilización moderna. De un lado, se trata de aculturarlo mediante la enseñanza y adiestramiento en nuevos métodos de agricultura, y del otro, se intenta preservar las lenguas y tradiciones indígenas, para sacarlas del *abandono* histórico. Como patrimonio cultural, tales asuntos son objeto de investigaciones científicas y folclóricas y no raras veces inspiran el trabajo creador de los artistas y escritores. A este interés y acción en favor de los indios se les da el nombre de *indigenismo*. Desde luego, conviene distinguir entre el *indigenismo social* que busca una aculturación general, adiestrando al indio para que eleve su nivel de vida con recursos y técnicas modernas, y el *indigenismo intelectual*, que se sirve de medios literarios y artísticos para movilizar la opinión pública en favor de la causa indígena. Se desarrollan también las investigaciones antropológicas, sociológicas, etnológicas y lingüísticas. A ellas debemos la reconstrucción documental de las civilizaciones precolombinas, así como el conocimiento de los indios de hoy. Esta clase de estudios se halla muy adelantada tanto en Angloamérica como en Hispanoamérica, dándose a los especialistas en los asuntos novomundanos el nombre de *americanistas*. Entre éstos de ambas Américas existe un genuino espíritu de entendimiento y cooperación, que muchas veces ayuda a promover y coordinar la acción indigenista oficial.

Conforme a la variada interpretación de las antiguas civilizaciones indígenas, las opiniones sobre el papel que desempeñaron en relación con la civilización occidental son muy divergentes. Oscilan entre la actitud de franca loa y la cautela que nace de reservas mentales. Ninguna, empero, niega las aportaciones significativas al adelanto del espíritu humano. He aquí algunas de las más representativas opiniones de investigadores latinos y angloamericanos:

El doctor Herbert J. Spinden, conocido antropólogo norteamericano, asume una actitud histórico-estética en la comparación de las culturas antiguas del Nuevo y del Viejo mundo. Observa él que "puede establecerse una extraordinaria analogía entre los mayas y aztecas y los griegos y romanos respecto a su carácter, realizaciones y relaciones entre ellos. Los mayas, a semejanza de los griegos, era un pueblo artístico o intelectual que desarrolló y llevó a un plano elevado la escultura, la pintura, la arqueología, la astronomía y otras artes y ciencias. Políticamente, los dos pueblos estaban divididos en comunidades o ciudades-estados que peleaban entre sí disputándose el poder. Algunas veces se establecían alianzas temporales entre algunas ciudades-estados, pero la unidad real existía sólo cuando se enfrentaban al enemigo común. La religión maya era más bárbara que la griega, pero en cada caso su culto fue idealizado y embellecido en el arte. Los aztecas, a semejanza de los romanos, eran un pueblo bravo y guerrero que estableció su civilización sobre las ruinas de otra más antigua, que había caído ante su empuje y logró realizaciones muy notables en su organización y gobierno. Los toltecas, que fueron la vanguardia histórica de los aztecas, pueden apropiadamente compararse con los etruscos".<sup>1</sup>

El distinguido ensayista colombiano, don Gonzalo Restrepo Jaramillo, comparando las dos civilizaciones, la india y la moderna, ofrece esta opinión al respecto: "Los pueblos indios de América precolombina no conocieron la rueda, y por eso su civilización avanzó muy poco en realizaciones prácticas. En cambio, puede afirmarse que todo el proceso mecánico de la civilización occidental depende de la utilización de ese, al parecer, pequeño descubrimiento; y como el proceso de su aplicación había de llevar a la imprenta primero y al vapor después, y la influencia de una y otro son trascendentales para el progreso del espíritu, podemos sacar la consecuencia de que el desarrollo de la mecánica es de enorme beneficio para el adelanto del pensamiento. La supresión de la rueda haría retroceder el mundo a épocas de plena barbarie".<sup>2</sup>

Otra observación significativa proviene del célebre arqueólogo mexicano, doctor Alfonso Caso, quien, al analizar las culturas precolombinas, subraya su espiritualidad contrastada con la completa falta de imaginación técnica. Su juicio, por cierto, muy equilibrado, se expresa así: "Cuando la conquista les sorprendió, los aztecas eran todavía un pueblo medio civilizado que

<sup>1</sup> SPINDEN, Hebert J., *Ascient Civilizations of Mexico and Central America*, New York, 1946, pp. 201-203.

<sup>2</sup> RESTREPO JARAMILLO, Gonzalo, *Norteamérica: signos de interpretación*. Revista Universidad Católica Bolivariana, t. II, Bogotá, 1938.

no había alcanzado el refinamiento cultural de los mayas, los toltecas, los totonacas y los mixtecas. Los aztecas se encontraban en medio de una época floreciente, pero las viejas culturas indígenas que ya habían desaparecido son una prueba elocuente de esterilidad con la que esas grandes civilizaciones finalmente terminaron. Habían carecido de un ideal constantemente progresivo que las hubiera llevado a concebir la vida como algo más que una invariable y meticulosa repetición de ceremonias en honor de los dioses.

"Entre las grandes culturas de Mesoamérica, la religión en gran parte tomó el lugar de la invención técnica. La creencia fundamental era que el hombre no tenía que resolver sus propios problemas, pero debía implorar a que los dioses los resolvieran y se compadecieran de la Humanidad. El hombre solo no podía hacer nada; su técnica era ineficaz. Sólo por medio de sacrificio podía inducir a que los dioses satisficieran las necesidades de la Humanidad con su benevolencia".<sup>3</sup>

La *mentalidad teocéntrica* entre los indios se manifestaba en el temor de lo sobrenatural y una variedad de supersticiones, que se originaban en los cambios inesperados de la naturaleza. Fueron rasgos anímicos que desplegaban gran importancia en la vida cotidiana y moldeaban las creencias indígenas. Algunas tribus culturalmente avanzadas mostraron sensibilidad artística en las obras de arte y arquitectura, así como en la poesía y otras manifestaciones literarias de carácter legendario, que se han transmitido mediante la tradición oral. Muchas expresiones de este legado cultural de la América indígena han sido recogidas por investigadores y publicadas en los últimos años por el Instituto Indigenista Interamericano.

Hay numerosos monumentos arquitectónicos dispersos en Mesoamérica y la región de los Andes, que atestiguan la alta habilidad creadora de los antiguos constructores y artistas. Entre ellos descuellan las pirámides y otras estructuras precolombinas en San Juan Teotihuacan, Tula, Monte Albán, Mitla, Chichén Itzá, Palenque, Copán, Tikal, Chavin, Tiahuanaco, Cuzco, Machu Picchu y Sacsahuamán. De extraordinaria belleza es la cerámica, sobre todo, policroma, que pertenece a varias civilizaciones. Sorprendente originalidad ornamentaria y de composición muestran los murales multicolores al fresco en Bonampak, también las *estelas* talladas en piedra que se encuentran en toda la zona de la civilización maya. Mientras tanto, la orfebrería precolombina en la que se utilizaba oro y plata, es un vivo testimonio de la destreza artística de varias tribus indígenas, desde México hasta Perú.

<sup>3</sup> CASO, Alfonso, *The Aztecas, People of the Sun*, Norman, 1959, p. 96.

De mucha originalidad son también las esculturas y bajorrelieves con representación de plantas y animales, los que se encuentran en muchos monumentos precolombinos de México. Según algunos arqueólogos, las ornamentaciones zoomorfas, como las de las serpientes en la balaustrada de Chichén Itzá, acusan similitud con las halladas en los frisos del templo indio en Amaravati, lo cual sugiere una posible difusión o trasplante cultural de la India a Mesoamérica. De igual manera, se señala el parentesco decorativo en la representación de las plantas en los monumentos de Cambodia y los de Palenque. Ello también hace suponer en los contactos culturales transpacíficos entre el Asia sudoriental y América. Los estudiosos, debido a la cautela científica, todavía no han emitido su decisión final al respecto. Sin embargo, hoy pocos dudan en el origen asiático de los indios americanos. Hace tiempo ya que se había aceptado la suposición de la inmigración de ellos del Viejo Mundo, a través del Estrecho de Bering, en la época prehistórica. Tales circunstancias no se oponen, empero, a las especulaciones sobre los nexos culturales entre América y otros continentes, que posiblemente también habían existido muchos siglos antes del descubrimiento europeo del Nuevo Mundo.

Hasta la fecha causan mucha admiración las gigantescas estructuras precolombinas de piedra en las cuales no se empleaba argamasa. Ejemplos de ello son fortaleza incaica de Sacsahuamán y unos edificios del Cuzco imperial, cuyas partes han sido utilizadas por los españoles en la construcción posterior de las iglesias católicas. Los peninsulares acostumbraban construir las, por lo general, encima de las pirámides, para así erradicar las viejas creencias "paganas". Todavía causan asombro las figuras ciclópeas de los toltecas de Tula y las enormes cabezas esculpidas en piedra de los olmecas, que se hallan en la zona sureña de México. De mucha importancia fueron las obras de ingeniería indígena en forma de carreteras de piedra y puentes colgados, cuyos fragmentos se conservaron en la zona incaica, así como el sistema del agua potable y de irrigación, conocidos en varias partes de la América precolombina.

Varias tribus conocieron la escritura pictórica, la cual utilizaban, como los mayas, para registrar unos acontecimientos notables en las *estelas* o, como los aztecas, en sus *códices* hechos de papel de maguey. En cuanto a las ciencias, el conocimiento de las matemáticas con el uso del cero, les sirvió a unas tribus mexicanas para establecer un doble sistema de calendario: ritual y agrícola, o sea anual. Es notable la exactitud calculadora de los indios de América en computar su calendario anual, que antecedió con muchos siglos la introducción del calendario gregoriano en Europa, traído por los

españoles al Nuevo Mundo. En el campo de medicina, muy avanzada fue la cirugía, ya que se llegó a practicar hasta la trepanación del cráneo. La dentistería estaba familiarizada con los dientes postizos hechos de piedras semipreciosas. En el tratamiento de enfermedades se utilizaban hierbas de valor medicinal, como la quinina, las cuales después han sido incorporadas a la farmacopea colonial y moderna.

Algunas tribus indias tuvieron una definida organización estatal. Lo comprueba la existencia del imperio azteca, de las ciudades-estados mayas y, sobre todo, del imperio incaico llamado *Tahuantinsuyo*. Aquel imperio comprendió extensas áreas a lo largo de la costa sudamericana del Pacífico y tuvo una bien determinada estructura social y política. Aunque basado en la subyugación incaica de las tribus vecinas, el imperio les deja autonomía local y libertad religiosa. Merced a la disciplina civil, se convirtió en su tiempo en el mejor organizado y más grande estado indígena del Nuevo Mundo. La propiedad comunal en aquel imperio anticipaba el sistema socialista, mientras su estructura gubernamental se parecía algo al monarquismo dinástico. Tales rasgos eran contrarios al régimen militar del imperio azteca, con su absolutismo político y un estricto sistema tributario. El espíritu guerrero-conquistador azteca constituyó una contradicción al estado teocrático de los mayas, quienes estaban más interesados en las ciencias, bellas artes y ceremonias religiosas que en las guerras. En la costa peruana, las culturas mochica y nazca juegan un papel exactamente igual con relación a la cultura incaica, más organizada socialmente pero creativa en el campo del arte.

La continuidad indígena entre el pasado y el presente se mantiene en muchas supervivencias indias, que se dan tanto en las costumbres y creencias como en los conceptos comunales y capacidades artísticas. Hay que mencionar aquí las antiguas comunidades indias llamadas *ayllus*, concepto ancestral que sobrevive en varios países, aunque sea bajo otro nombre. Junto a él se han mantenido viejas costumbres andinas como la *minga*, el *huasipungo* o el *pongaje* que son modalidades de trabajo obligatorio, existentes todavía en los quechúas y aymarás. También lo es el *peonaje*, originado en la colonia y ampliamente difundido todavía en varias partes de Hispanoamérica. Dichas instituciones populares explican la existencia del servilismo como un resultado de la vieja obediencia del indio, primero hacia la jerarquía tribal y después de la Conquista, hacia los encomenderos y hacendados. Es casi un axioma histórico que, una vez llevada a cabo la conquista, esta obediencia indígena a las autoridades sirvió a los conquistado-

res para extender el dominio español sobre los imperios de los aztecas y los incas con relativa facilidad.

Se conservan también algunas creencias y supersticiones paganas precolombinas, que se mezclan extrañamente con el rito cristiano moderno, tanto en Mesoamérica como en la región de los Andes. Es un fenómeno conocido como *sincretismo religioso*. En algunos lugares de Guatemala, por ejemplo, los indios todavía llevan sus idolitos a las iglesias católicas para rendirles culto con candelas e incienso como a Dios y a los santos. En casi todo el Nuevo Mundo se han conservado desde la época anterior a la Conquista algunas danzas nativas, no raras veces acompañadas de su música primitiva.<sup>4</sup> El gran sentido artístico de los indios que ya no puede crear las grandes obras de antaño, se manifiesta ahora en trabajos de pequeña artesanía, como la manufactura de sarapes, ruanas, ponchos, canastas, alfarería, orfebrería, y una gran variedad de objetos decorativos. Su conjunto da un vivo colorido a las varias regiones de América. De incomparable riqueza imaginativa es también la mitología del indio hispanoamericano, cuyas misteriosas leyendas proporcionan fascinantes temas literarios y artísticos.

En Hispanoamérica los indios todavía son víctimas de perjuicios y abusos por parte de la gente de otras clases sociales. Los factores que dificultan su integración a la vida de sus respectivos países son: la inercia de varios gobiernos para su rehabilitación, la indolencia de la sociedad y la resistencia de los latifundistas respecto a la reforma Agraria que pudiera aliviar el "hambre" de la tierra de los indios desposeídos. Por otro lado, entre las dificultades que obstaculizan en muchos casos la *aculturación* de los indígenas, se indica mayormente su falta de interés en adaptarse a la civilización moderna, la carencia de educación y de ambiciones económicas, la inconstancia de su conducta y la pereza, así como los obstáculos topográficos y lingüísticos. No hay que olvidar que hasta la fecha se hablan en varios países del Nuevo Mundo más de *quinientos idiomas* y dialectos *indígenas*. Hay también obstáculos "internos" en el camino hacia la emancipación indígena, los cuales a veces surgen de su propio seno étnico. Son obstáculos causados por individuos que han "superado" su ambiente. Lo confirma una observación sociológica del peruano Manuel González Prada, ferviente defensor de los indios y negros en Hispanoamérica. González Prada dice en su ensayo *Horas de lucha* (1908) lo siguiente: "Cuando un individuo se eleva sobre el nivel de su clase social, suele convertirse en el peor enemigo de ella.

<sup>4</sup> PROKOSCH KURATH Gertrude and MARTÍ Samuel, *Dances of Anáhuac. The Choreography and Music of Precortesian Dances*, Chicago, 1964.

Durante la esclavitud del negro no hubo capataces más feroces que los mismos negros; actualmente, no hay quizá opresores tan duros del indígena como los mismos *indígenas españolizados* e investidos de alguna autoridad". Sin embargo, González Prada no pierde la fe en el indio, quien se redimirá por su propio esfuerzo y no por la humanización de sus opresores.

Los movimientos indigenistas en Hispanoamérica son relativamente débiles y sus actividades poco efectivas, aunque aparezcan en el panorama general distinguidos defensores de la causa indígena. Interesante es conocer la postura de unos notables ensayistas hispanoamericanos hacia el problema indio y sus varios matices intencionales. Así, Germán Arciniegas y Luis Alberto Sánchez basan su proindigenismo en consideraciones humanistas, sociales, orgullo racial y posiblemente razones políticas. José Vasconcelos y Pedro Henríquez Ureña asumen hacia los indios paternalismo cultural, pero como los analizan de una manera arbitraria, hay sospecha de su insinceridad intelectual. Ricardo Rojas utiliza la temática indianista para sus especulaciones teóricas, la cual nada tiene que ver con la civilización criolla rioplatense. Abiertamente racistas, debido a su ideología criollista y europeizante, son Domingo Faustino Sarmiento, Francisco García Calderón, José Ingenieros y Carlos Bunge. La actitud opuesta la representan Manuel González Prada, José Carlos Mariátegui y Víctor R. Haya de la Torre, quienes defienden la causa indígena con énfasis en la absoluta ausencia de justicia social, aun cuando esta convicción forme el subfondo de su doctrinarismo político. El indigenismo mexicano, muy desarrollado y dinámico, cuenta entre sus propulsores con Manuel Gamio, Alfonso Caso, Ángel Garibay, Juan Comas, Miguel León-Portilla y Gonzalo Aguirre Beltrán, también conocidos por sus importantes investigaciones antropológicas. Lo suyo hacen también el venezolano Miguel Acosta Saignes, los ecuatorianos Aníbal Buitrón y Gonzalo Rubio Orbe, y los peruanos Luis Valcárcel, Federico Kauffman Doig y Manuel M. Valle.

Entre las naciones del Nuevo Mundo, en México es donde la conciencia indígena está más arraigada, aunque no falta ese arraigo en ciertos sectores sociales del Perú, Ecuador, Bolivia y Guatemala. Y es México tal vez uno de los contados países que puede enorgullecerse de más progreso y mejores resultados en las actividades indigenistas, aunque todavía no haya abarcado toda la población india. El famoso antropólogo mexicano doctor Alfonso Caso declaró hace algún tiempo que "el problema indígena en México no es un problema racial, sino un problema cultural". Sin embargo, parece dudoso que la misma ideología prevalezca en otras naciones latinoamericanas, a juzgar por los alarmantes informes que sobre la acción indigenista presentaron varios investigadores hispanoamericanos en los Congresos Internaciona-

les de Americanistas entre 1962 y 1972. Casi todos señalaron la notoria negligencia de las respectivas autoridades gubernamentales y también la de los propios indios, lo cual retarda o impide su *aculturación*. Son constantes los abusos de parte de otras clases sociales para con estos más ¡auténticos americanos!

¿A qué se deben los abusos de los indios en Hispanoamérica? Parece que eso tiene algo que ver con la *estratificación social* de la colonia, que dividió su sociedad en varias clases. En el pasado se las identificaba con la apariencia somática, hoy más bien con su bienestar económico; pero la línea divisoria nunca ha sido exacta, tampoco lo es hoy. En el escalafón social los más pudientes son los criollos, seguidos por la burguesía mestiza adinerada, menos adinerada o la marginal, mientras que los indios, por ser los más pobres, pertenecen a la clase baja. Las diferencias entre estos estratos que todavía parecen conservar su antiguo carácter étnico, son muy visibles. Se reflejan a menudo en las actitudes de un estrato hacia otro, es decir en las relaciones interraciales.

El antropólogo hispano-mexicano Juan Comas se ocupa de este problema en un estudio colectivo *Relaciones interraciales en América Latina 1940-1960* (México, 1961), en el cual expone la convivencia de varios grupos étnicos desde el Río Grande hasta la Tierra del Fuego. Como no niega la existencia de discriminaciones en Hispanoamérica, sobre todo en los países de preponderante población indígena. Las califica, empero, más como prejuicios de tipo social, cultural y económico, que como consecuencia de determinadas actitudes raciales. A la vez, Comas cita varias resoluciones interamericanas que censuran el racismo y los prejuicios étnicos contra los indios, señalando los apodos abusivos que se usan contra ellos, tales como "indio", "indiote", "naco" y otros de carácter denigrante. Tales abusos infieren, pues, la existencia de *discriminación racial*, aun cuando ésta esté, a veces, sutilmente camuflada.

De semejante opinión son también varios americanistas europeos y estadounidenses. Baste con que citemos aquí al antropólogo Alfred Métraux, quien en su ensayo *Problema racial en América Latina* (Courier de l'Unesco, París, 1960) dice lo siguiente: "En ninguna parte de América de habla española se presentan las relaciones raciales en la inhumana rigidez con que se asocia a la noción de racismo. Pero sería erróneo afirmar, como sucede con frecuencia, que en los países con fuerte porcentaje de población indígena no existan ciertas formas de prejuicios y de discriminación de carácter racista". Pese a tales opiniones, es poco discutible que los prejuicios raciales en Hispanoamé-

rica sean menos intensos en comparación con los existentes en Angloamérica, pero existen. Desde luego, tal criterio depende de como se lo juzgue en los países con más pluralismo étnico o en los que carecen de él. Desde luego, en todos siempre existe un sector dominante, que cree tener el derecho de someter a su voluntad las minorías étnicas o nacionales. Eso es lo que causa las discriminaciones dondequiera que sea.

Dando un vistazo histórico hacia atrás, hay que recordar que los indios experimentaron mucha peor suerte en sus primeros contactos con los europeos. Así, según cuentan los cronistas peninsulares, entre ellos Las Casas y Fernández de Oviedo, durante la conquista del Caribe perecieron cientos de miles de indígenas. Se les había eliminado por completo de la Hispaniola, Cuba y Puerto Rico, que a la sazón constituían el baluarte para la expansión colonial de España hacia *tierra firme*, o sea, hacia el continente americano. Más tarde hubo casos de pacificación colonial como, por ejemplo, la supresión del levantamiento inca de Túpac Amaru en el Perú (1780), así como las guerras contra los indios en las colonias inglesas durante los siglos XVII y XVIII. Sin embargo, parece que las bajas más grandes que sufrieron los *amerindios*, tanto de Hispanoamérica como en Angloamérica, ocurrieron durante la época de la independencia. Así, en pleno siglo XIX el ejército argentino con la ayuda de los *gauchos*, aniquiló a la mayoría indígena en la región del Plata, mediante lo cual dejó de existir el "problema indio" en la Argentina y el Uruguay. No menos crueles sucesos ocurrieron en los Estados Unidos en el mismo siglo XIX, durante las llamadas "guerras indias", sobre todo cuando se efectuó el aluvión migratorio de los colonos yanquis hacia el Oeste. Tanto en uno como en otro caso, dichas guerras se han llevado a cabo bajo el pretexto de "pacificación militar", la cual diezmó a los indios en ambos territorios.

Muchas novelas hispanoamericanas se ocupan de las dramáticas condiciones en que viven los indios en pleno siglo XX. Entre ellas las más notables son: *Raza de bronce* (1919) de Alcides Arguedas, *Huasipungo* (1934) de Jorge Icaza, *El indio* (1935) de Gregorio López y Fuentes, *El resplandor* (1937) de Mauricio Magdaleno, *Sumag Allpa* (1940) de Gonzalo Humberto Mata, *El mundo es ancho y ajeno* (1941) de Ciro Alegría, *Tungsteno* (1948) de César Vallejo, *Entre la piedra y cruz* (1948) de Mario Monteforte Toledo, *Hombres de maíz* (1949) de Miguel Ángel Asturias, *Juan Pérez Jolote* (1952) de Ricardo Pozas y *Los ríos profundos* (1958) de José María Arguedas, para mencionar algunas obras solamente. En la narrativa de la nueva promoción descuellan: *No se suicidan los muertos* (1957) de Esteban Pavletich; *Oficio de tinieblas* (1962) de Rosario Castellanos; *El Titán de bronce*

(1964) de Isabel Centellas; *Madre milpa* (1965) de Carlos Samoya Chinchilla y *Sangre del maíz* (1966) de José M. López Valdizón, sin mencionar más obras de este género literario que llegan a docenas.

Un hecho que a veces escapa a la atención es la completa dependencia del indio de la ecología. Las experiencias coloniales ya habían comprobado que los *amerindios* nunca se adaptaron al duro trabajo en las minas donde perecían, tampoco los de la sierra a las faenas en la planicie. El brusco cambio climático-ecológico les infligía padecimientos físicos y hasta la aniquilación biológica. Así, muchas bajas durante la Guerra del Chaco (1932-1935) entre Bolivia y Paraguay, se debieron mayormente al desajuste bioecológico de los soldados serranos, que no estaban acostumbrados a las condiciones selváticas. No menos trágico, aunque no tuviese carácter meramente ecológico, fue el trasplante forzado de los indios Cherokees de sus hogares en Georgia-North Carolina-Tennessee al estado de Arkansas en 1838, durante el cual pereció una tercera parte de dicha tribu indígena. Durante la construcción de la carretera transandina peruana a la selva amazónica en los años 1960, hubo plan de un trasplante masivo de los indios serranos a la zona tropical. Felizmente, fue anulado a tiempo, ya que su realización hubiera tenido resultados desastrosos. Parece que semejante proyecto en menor escala, hace años ya, tampoco tuvo éxito en Colombia. Conocidos son los casos de los reclutas serranos en Ecuador y Perú, quienes al traérselos a la costa se sentían desarraigados y se fugaban en la primera oportunidad a sus montañas. Estos ejemplos comprueban que los *amerindios*, apegados a su ambiente telúrico, no pueden soportar condiciones de vida que les fueran extrañas, ya que su imposición trae resultados trágicos.

El problema indígena en los Estados Unidos lleva un rumbo diferente. Después de largas y dramáticas luchas que redujeron el número de los indios, muchos de ellos nómadas, se les asignaron territorios llamados "reservations". Éstas tienen autonomía y están administradas por consejos tribales, con la ayuda del representante gubernamental. Tal arreglo es producto de la política liberal de Washington, que tiene un doble propósito. De un lado, protege a los indios de un posible abuso y explotación de los forasteros, y del otro, les asegura libertad para sus actividades sin forzarlos al cambio en su manera tradicional de vivir. En ambos casos se les proporcionan muchas facilidades para su integración cultural voluntaria. La tradición ancestral que se basa en las estrechas relaciones de la familia con la comunidad tribal, es para los indios de los Estados Unidos una cosa sagrada. Por eso, para no separar a la juventud india de sus viejas raíces civilizadoras, en los últimos años se establecieron en el Estado de Arizona escuelas donde se enseña tanto

el idioma como la historia de los Navajos. La creciente concurrencia estudiantil a dichos planteles parece indicar un gradual mejoramiento del sistema educativo entre los indígenas, expuestos previamente a la enseñanza casi exclusivamente, en el idioma inglés. Esta medida alienta a otras tribus como la Chippewa del Estado de Minnesota y los Pueblos del Estado de Nuevo México, a establecer escuelas superiores a semejanza del Navajo Community College (1969), que está controlado por las autoridades tribales aun cuando reciba el apoyo pecuniario gubernamental. Es de esperar que los indios puedan, por medio de la educación, beneficiarse de la civilización angloamericana más que antes.

La desafortunada suerte de los indios en los Estados Unidos, diezmados en el siglo XIX durante el empuje de la colonización yanqui hacia el Oeste —al igual que la aniquilación de los indígenas en la Argentina de entonces—, produjo, sin embargo, bases para su *rehabilitación*. El Gobierno estadounidense ha firmado tratados con varias tribus indias, en virtud de los cuales estas tribus reciben como indemnización ciertas rentas anuales. Varias comunidades indígenas están organizadas en cooperativas, pero otras, debido a las inclemencias topográficas, son menos afortunadas. El descubrimiento de petróleo en las "reservations" de Oklahoma convirtió a algunos indios en millonarios, lo que, sin embargo, no es ningún reflejo del bienestar general indígena, puesto que muchos se hallan en condiciones difíciles. Lo comprueba el hecho de que la mitad de los indios estadounidenses reciben ayuda federal, aun cuando posean extensas tierras comunales. Desde 1933 un notable mejoramiento material les proporcionó el programa gubernamental de acción social dentro del "New Deal", promulgado por el Presidente Franklin D. Roosevelt.

En las "reservations" indias se han construido, a expensas del Gobierno, escuelas, hospitales y centros de adiestramiento técnico-rural, que ayudan a la *aculturación* de sus habitantes, a la vez que les aseguran comodidad y protegen su individualidad étnica. El proceso de la integración indígena a la civilización angloamericana corre, empero, distinta suerte: se debe en parte a la *resistencia psicológica* y en parte al instinto de preservar su propia identidad racial. El mestizaje biológico, en estas circunstancias, es más problemático que la asimilación cultural, ya que varios grados de su alcance ofrecen indudables ventajas económicas. Debido a su *hermetismo e impenetrabilidad psíquica*, los indios norteamericanos, lamentablemente, siguen con su alma india y así se apartan del ambiente social angloamericano.

La extraña postura de los indios norteamericanos hacia sus vecinos blan-

cos tiene bien fundada causas históricas. A pesar de haber perdido las guerras, los bravos indígenas nunca perdieron su alto sentido de *dignidad racial*. Su arraigada conciencia de comunidad étnica, el sentido de justicia y su veneración de la naturaleza fueron muchas veces mal entendidos por los blancos, quienes también a menudo rompieron los tratados de paz con los indios. Estas violaciones les produjeron amargura y desconfianza en mayor grado quizá que a los indios hispanoamericanos, quienes a través de varios siglos de servidumbre hispánica, han adoptado una actitud de humildad y resignación. En tanto, ¡los indios norteamericanos nunca fueron siervos de nadie y todavía conservan su individualidad! Por eso, ostentan su dignidad, prefieren su propio estilo de vida y continúan, en su mayoría, apartándose de la civilización occidental.

La indiferente actitud indígena hacia los angloamericanos es casi recíproca. Es resultado del estado de guerra que existió por mucho tiempo entre los dos grupos étnicos. Algunas tribus indias organizadas en *federaciones guerreras*, retardaron efectivamente el avance de los colonos tierra adentro. Esta frustración de los unos por no poder defender sus tierras y la ansiedad de los otros de ocuparlas para el cultivo, causó la mutua desconfianza y una especie de antagonismo. Tal situación hizo imposible atraer a los indígenas a la civilización occidental, la cual —caso contrario al de los españoles— los angloamericanos no pensaban imponérsela por la fuerza de las armas. Así, los dos grupos vivían su propia vida, uno al margen del otro. La penetración cultural fue insignificante, aun cuando cierto porcentaje de indios haya ido convirtiéndose al cristianismo y los colonos mantuvieran con los “pieles rojas” sólo intercambio comercial. Su *bravura* nunca ha sido olvidada por los blancos que los respetaban, lo cual explica que los prejuicios hacia los indios estaban menos acentuados que hacia los negros.

Hay una extensa literatura norteamericana que describe las guerras fronterizas con los indios, sus costumbres y creencias. La considerable idealización indígena en las *novelas fronterizas* románticas de Cooper, Simms e Irving se ajusta a cierto equilibrio de veracidad en los relatos de Garrard, Fremont y Parkman. Sin embargo, el tema indianista adquiere más notabilidad en la ficción literaria a fines del siglo XIX y a principios del siglo XX, en las novelas de Austin, Bandelier, Garland, Harte y LaFarge. La mayor popularidad es lograda en este sentido por la narrativa fronteriza del prolífico Zane Grey, autor de sesenta novelas que alcanzaron trece millones de ejemplares. Su novela más famosa es *Riders of the Purple Sage* (1912). Las fabulosas hazañas de los Apaches, los Mohawks, los Cherokees y los Sioux son los más célebres cuentos sobre los indios norteamericanos, a quienes los antropólogos

llaman *amerindios*, utilizando la contracción de dos palabras inglesas “American Indians”. Esta corriente de indigenismo sigue la misma orientación social y folclórica que se da a la promoción de la causa india por parte de las autoridades gubernamentales, cívicas y religiosas. La temática india logra, desde luego, una popularidad internacional mediante las películas hechas en Hollywood. Estas, sin embargo, por ser de carácter sensacional y para diversión, no interpretan bien la idiosincrasia indígena; más bien la deforman, aun cuando haya excepciones. En tal respecto, las películas hispanoamericanas se apegan más a la realidad histórica de la vida indígena.

La responsabilidad de los asuntos indígenas está a cargo del Bureau of Indian Affairs en Washington. Dicha entidad, debido a las presiones políticas, raramente en el pasado ha podido dar soluciones satisfactorias. Siempre cuando la actitud para con los indios es favorable, su gestión se debe a los antropólogos más bien que a los burócratas. Ésta es la impresión que nos dejan las reflexiones del indigenista norteamericano, John Collier, autor de la obra *Indians of the Americas* (1956). Como antropólogo y comisionado de los asuntos indios durante mucho tiempo, el autor hizo interesantes observaciones sobre los indígenas norteamericanos. Collier admira, sobre todo, a los *navajos* quienes constituyen el grupo indio más numeroso de los Estados Unidos.

Collier nota entre los indios, en general, los siguientes rasgos: intenso espíritu comunitario, propensión a la meditación, veracidad e inclinación artística, ritmo, unidad étnico-tribal que se intensifica siempre cuando ésta se halla en peligro, así como la íntima relación entre el hombre y la naturaleza. En conjunto, los rasgos de la herencia espiritual y costumbrista indígena son mucho más arraigados de lo que piensa la sociedad “blanca”. Lo mismo pasa con la antigua tradición democrática india en el sentido social y económico, lo cual explica su tendencia cooperativista sobre el nivel tribal. Las características indicadas permiten a los indios norteamericanos mantener su herencia milenaria. Collier llega a la conclusión de que si los indios hubieran logrado una educación integral, no pocos habrían mostrado mucha más aptitud en varios campos de vida que sus vecinos no-indios. Sin embargo, el alejamiento voluntario de los indígenas de la sociedad que los rodea, así como su obstinación psicológica en rechazar la civilización moderna, no contribuyen al mejoramiento de las condiciones de su vida.

Como indios norteamericanos más adelantados se considera a los descendientes de las llamadas cinco “tribus civilizadas” a las cuales pertenecen los Cherokees, los Choctaws, los Chickasaws, los Creeks y los Seminoles. Los indios norteamericanos, al igual que sus hermanos en Hispanoamérica, os-

tentan habilidad artística para la orfebrería y alfarería, así como para hacer ponchos, canastas, zapatos y varios objetos decorativos. Muchos son competentes en el arte ecuestre, la caza y la danza tradicional. Es notable su destreza en extinguir los incendios de los bosques. También se les han reconocido sus valiosos servicios prestados en el campo de las comunicaciones militares durante la II Guerra Mundial.

Aunque la situación actual de los indios norteamericanos deja mucho que desear, parece menos trágica que la de la mayoría indígena en los países hispanoamericanos, donde viven prácticamente al margen de la vida económica. En tal respecto es interesante recordar la declaración hecha por el Dr. Miguel León-Portilla durante el XXXV Congreso Internacional de Americanistas en México (1962). Dicho notable indigenista mexicano, al referirse a los gastos que los países americanos desembolsan para la rehabilitación de sus indígenas, dijo lo siguiente: "Si los países con población indígena de la América Latina juntaran sus presupuestos a lo largo de veinte años, no alcanzarían la cifra que emplean los Estados Unidos en doce meses".

En Hispanoamérica existe todavía una variedad de criterios empleados en determinar la personalidad física y social de los indios. A veces se incluye a los indios y mestizos en los mismos grupos censales. No obstante, se calcula que el número aproximado de los indios en el continente americano oscila entre veinticinco y treinta millones. Su distribución geográfica se manifiesta de la siguiente manera: hay cerca de diez millones en México, si se atiende no sólo a la lengua sino principalmente a las características culturales. Alrededor de un millón vive en los Estados Unidos y el Canadá, incluyéndose en este número a los esquimales y aleutianos. Aproximadamente dos millones y medio viven en los países de Centroamérica, principalmente en Guatemala. Casi dos millones hay en Ecuador, Venezuela y Colombia. Entre nueve y diez millones viven en las regiones serranas y selváticas de los países andinos: Bolivia y el Perú. En los demás países sudamericanos hay medio millón, incluyendo a los indios que viven en las selvas del Brasil, Paraguay y en las Guayanas, así como en la Argentina y el Uruguay. Desde luego, los cálculos demográficos presentados aquí están basados en aproximadas estimaciones antropológicas, las cuales no siempre se indentifican con los datos indigenistas oficiales.

Lo que todavía preocupa a muchos etnógrafos es fijar la estadística aproximada de los indios en la América precolombina. Sobre este aspecto hay muchas especulaciones, algunas de las cuales se basan, sin embargo, en investigaciones de carácter histórico-demográfico. Así, según los cálculos del americanista argentino Ángel Rosenblat, al descubrirse el Nuevo Mundo ha-

bían vivido aquí aproximadamente trece millones y medio de *amerindios*. De esta cifra, más o menos un millón correspondía a Norteamérica, en las áreas al norte del Río Grande, mientras que doce millones y medio correspondían a los territorios que hoy constituyen Latinoamérica. Según la suposición del antropólogo estadounidense Herbert J. Spinden, la población indígena desde Alaska hasta la Tierra del Fuego pudiera haber alcanzado hasta sesenta millones de almas. A su vez, los americanistas californianos Borah y Cook, basándose en estimaciones demográficas regionales, asignan sólo a México unos treinta millones de habitantes. Tal suposición infiere que la población precolombina para todo el Nuevo Mundo pudiera haber sido alrededor de cien millones de almas. La revisión de todos estos cálculos cuando se presentaren nuevas pruebas y recuentos, posiblemente vaya a contribuir al esclarecimiento de aquel histórico misterio demográfico.

Inter-American Council  
Washington, D. C.

#### BIBLIOGRAFÍA ADICIONAL Y REFERENCIAS

- ARCINIEGAS, Germán. *El continente de siete colores*. Historia de la cultura en América Latina, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1965.
- BAUDIN, Louis. *La vie quotidienne au temps des dernier Incas*, Librairie Hachette, Paris, 1955.
- COLLIER, John. *Indians of the Americas*. The Long Hope, The New American Library, New York, 1956.
- COMAS, Juan. *Relaciones inter-raciales en América Latina: 1940-1960*. Universidad Nacional de México, México, 1961.
- COMAS, Juan. *Razas y racismo*, Editorial Sep-Setentas, México, 1972.
- Instituto Indigenista Interamericano. *América Indígena y Anuario Indigenista*, México, 1960-1975.
- LÓPEZ Y FUENTES, G. *El indio*. Ediciones Botas, México, 1935.
- PAZ, Octavio. *El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1950.
- SÁNCHEZ, Luis A. *¿Existe América Latina?* Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1945.
- URBANSKI, Edmund S. *Hispanoamérica, sus razas y civilizaciones*, Torres and Sons New York 1972.
- VALLE, Manuel M. *Observaciones sobre geografía*. Geografía ecológica del hombre. Editorial Lumen, Lima, 1953.

- VALLE, Manuel M. *Biological Bases of Race, Culture and History*, Universidad de San Marco, Lima, 1960.
- VARALLANOS, José. *El cholo y el Perú*, Imprenta López, Buenos Aires, 1962.
- WAGLEY, Charles and HARRIS, Marvin. *Minorities in the New World*, Columbia University Press, New York-London, 1964.
- WYRWA, Tadeusz. *Les Républiques Andines*, Pichon et Durand-Auzias, Paris 1972.
- AGUIRRE BELTRÁN, G. "Indigenismo y mestizaje: una polaridad bio-cultural". *Cahiers d'histoire mondiale*. Vol. VI, No. 1, Neuchatel, 1962.
- BARÓN CASTRO, R. "Le probleme de l'Indien en Amérique espagnole", *Cahiers d'histoire mondiale*, Vol. VIII, No. 1, Neuchatel, 1964.
- MÖRNER, Magnus. "Race and Social Class in Twentieth Century Latin America", *Cahiers d'histoire mondiale*, Vol. VIII, No. 2, Neuchatel, 1964.
- DIPPPIE, Brian W. "De l'épopée a la paradie: le général Custer et les Indiens", *Cultures*, Vol. II, No. 1, Paris, 1975.

## Sección Quinta

# NOTICIAS RESEÑAS Y COMENTARIOS